



ANDREA SALLÉ ONETTO, «¡Que revienten!», entrevista a Gabriel Calderón, a *El Observador*, 2 març 2015.

Hace teatro para molestar un poco a sus colegas. Sus obras tiran las fichas del tablero y dejan pensando a sus espectadores. Sus posturas frente a la vida son el motor que alimenta la creatividad que despierta esas obras; a veces rebuscadas, a veces morbosas, pero siempre con una cuota grande de sinceridad y realidad.

«Yo no sé muy bien contestar preguntas. Prefiero dialogar y preguntarte cosas a vos». Así arrancaba la entrevista y el marcado de cancha de este dramaturgo, director y actor, a quien no le gusta el fútbol y que por opción se traslada por la ciudad en bicicleta. Confieso que entrevistarle me daba un poco de miedo. La espera en la puerta del café Brasileiro se me hizo eterna y cuando llegó me agarró por sorpresa tratando de leer un artículo de la pasada *Seisgrados*; con la cabeza repasando las preguntas y con los nervios previos a salir a escena. El café estaba lleno a pesar de que el mediodía ya había pasado hacía rato, así que nos fuimos a enfrente, a una rotisería de la cual no retuve el nombre. Tarta de por medio acompañada con un agua sin gas,



comenzó la entrevista o, mejor dicho, la charla con Gabriel Calderón.

NADA QUE CONTAR

«No hay nada interesante, tuve una infancia bastante normal. No sé, pienso qué puedo decir que le resulte interesante a alguien y no se me ocurre nada». Gabriel es hijo de padres separados, pero que se llevan bien. Su padre era bancario y su madre auxiliar contable, vivió en el Centro y en Buceo, fue a escuela pública, a liceo privado y «no mucho más», concluye al presentar su infancia.

Cuenta que el desarrollo de su vocación artística es posterior a dejar el liceo y si bien de chico le gustaba leer no cree que eso lo haya marcado significativamente. Incluso recalca que en el liceo las únicas materias que siempre tenía bajas eran Idioma Español y Literatura. «Todo el interés por escribir, por leer y por formarme es posterior, no lo encuentro en mi infancia a no ser que me esfuerce. Jugar al básquetbol, los amigos del barrio: siento que todo eso estaba mucho más presente en mi infancia que leer un libro». Ahora, en el living, el cuarto y el baño de



su casa pululan los libros y es de los que lee mucha cosa simultáneamente. Posee una biblioteca de más de 2.500 títulos, de los cuales tiene leídos aproximadamente la tercera parte. Al teatro, dice, se acercó por error y luego de una larga pausa de reflexión admite que fue a clases de actuación en el liceo porque las otras actividades extracurriculares que había no le gustaban. Allí hizo seis años de teatro con Diego Artucio, de quien aprendió mucho. Pero el teatro no era una decisión vocacional, sino que lo hacía porque lo obligaban a hacer algo. «Me encantaría tener una buena historia que contar de mi origen, pero la verdad es que no tengo. O sea que yo me imagino que todas mis buenas historias están en el futuro», y así, sin decirlo explícitamente, se «disculpa» por no haber sido un niño prodigio, por no provenir de una familia de artistas y por no tener una vocación marcada desde su nacimiento.

«Hay una frase de [Ernesto] Sabato que dice: ‘¿Cómo hablar bien de mí si mis mejores méritos estaban en el futuro?’. Muchas veces siento eso. Si yo tuviera que justificar mi carrera, solo puedo hacerlo por las cosas que sucedieron después, porque no tenía una inclinación ni una

decisión. Todo esto que no llega a ser una buena historia en sí misma debe haber aportado». El liceo lo hizo en la Sagrada Familia, pese a que su familia no era católica. «Era un liceo católico muy abierto y a mí me bancaban todo, y yo no solo no era católico, no era creyente. No creo en Dios. A ellos lo que les importaba era que uno cultivara los valores cristianos y a mí eso siempre me gustó, lo que pasa es que no necesito todo lo que viene en el envoltorio para defender esos valores». Pero recalca que «este sentido crítico también me lo dio ese liceo. Yo también valoro esas contradicciones de la propia religión. Aprendí muchas cosas y tengo grandes amigos de ahí».

Luego del liceo hizo medio año de Biología en la Facultad de Ciencias, pero cuando le dijeron que después de recibido iba a tener que hacer prácticas y seguir estudiando porque la actualización era permanente, se dio cuenta de que no iba a dedicarse a eso. «Fue recién en la universidad cuando dije: ‘¿Qué es lo único que yo puedo hacer con placer toda mi vida? Teatro’. Ta, era una mierda que justo fuera teatro (risas). Pero yo podía ensayar, ir a ver obras, tratar de escribirlas, tratar de aprender a dirigir las: todo eso desde las ocho de la mañana hasta que me acostara y no



iba a ser un peso para mí. Y ahí decidí entrar a la EMAD y estudiar». Entró en la Escuela Multidisciplinaria de Arte Dramático (EMAD) pero abandonó en tercer año, cuando tuvo que tomar una decisión que fue crucial para lo que vino después. «Ahora cambió, pero la EMAD en su momento era muy estricta, no te dejaba hacer cosas afuera. Era solo de actuación y yo descubrí que lo que quería era dirigir y escribir». Ganó una beca de la Fundación Carolina para ir un mes y medio a España a estudiar con maestros de la dramaturgia que nunca habían estado en Uruguay, pero tenía que elegir: la beca o la EMAD: «Y yo dije, '¡Pfff, la beca!'». Mientras estaba en el exterior fue el éxito de *Mi muñequita*, una de sus obras más conocidas, que marcó un antes y un después en su carrera. «Cuando volví ya no tenía sentido seguir [en la EMAD]. Me estaba formando mucho más fuerte como actor dirigiendo y escribiendo».

SOS LO QUE HACÉS

Lo primero que escribió fue una obra para Teatro Joven, Más vale solo y se animó a escribirla porque todavía no era

un dramaturgo. «Ahora sí digo que soy escritor / dramaturgo, pero durante mucho tiempo creo que la gente me decía dramaturgo porque había escrito una obra de teatro, pero yo no me creía que fuera uno. No es que no me lo creyera porque no me gustara, sino que en mi fuero íntimo creía que estaba engañándolos. Pensaba: 'Ellos se creen que soy dramaturgo porque vieron una obra, pero si la leen se dan cuenta de que soy de terror escribiendo'». Sin embargo sus obras ganaban premios, lo que lo hizo empezar a pensar que tal vez servía para escribir. «Muchos son algo que al principio no creen que lo son. Al principio siempre hay como una impostura. Durante muchos años fui dramaturgo sin creer que lo era, escribiendo mal». En esa búsqueda por no dejarse en evidencia intentó mejorar su escritura y hasta hizo un curso de corrección. «Mi carrera es un poco una nebulosa. Yo no la tengo muy clara, la puedo asumir, le puedo poner la cara adelante, pero me cuesta identificar atrás. Creo que todo parte de un malentendido. La gente me empezó a decir que yo era algo y como me gustaba decidí ser ese algo y ahora me puedo defender muy bien».

Si tuvieras que definir cuál es la característica personal en tus obras o tu estilo, ¿cuál sería? «No, no, yo estoy empezando, realmente lo mejor todavía no lo escribí. Sin duda que la gente que vio todo o algo de mi trabajo puede decirme que reconoce que algo es mío. Yo todavía no me reconozco un estilo. Tampoco me desespera, no lo necesito, es más, me sentiría un poco encorsetado. A mí me gusta mucho defraudar al espectador que me sigue. Yo me aburro si encuentro una fórmula». Y en un arrebatado de curiosidad personal más que periodística le pregunto:

¿Nunca tuviste miedo de defraudarte a vos mismo?

¿Nunca te cuestionaste si eras bueno para eso? «Sí, ayer.

Todo el tiempo. Ahora hace tres semanas que no estoy pudiendo escribir. Es un cliché, bien de escritor. ¿Por qué no me siento y escribo? ¿Por qué no se me ocurre una idea? Durante años cagaba ideas, ahora tengo un deadline en dos semanas y no se me ocurre nada». Pero siendo honesto, confiesa que lo mismo le pasó con sus dos últimas obras. «Tal vez el proceso se vale de esos miedos, de esa inseguridad. No es una inseguridad paralizante, sino movilizante. Me hace estar todo el tiempo muy atento, desconfiado. Hace que tire a la basura mucho de lo que escribo y eso es bueno. No es que no sirva, es que yo



quiero algo mejor». Escribir una obra le lleva dos semanas, pero llegar al momento de poder sentarse a escribir le lleva más de un año de preparación, entre ideas, charlas, notas y pienso. O sea que tenés que tener primero la idea general y después sentarte a escribir... «La idea general sí, no todo, porque si tengo todo decidido me aburro».

TODO ES RELATIVO

«Muchas veces pienso cuántas experiencias estamos perdiendo por esta dictadura del entretenimiento. Hay pila de cosas que yo pensé con mis amigos estando aburrido en la infancia. Es en esos momentos de aburrimiento, cuando uno habla de nada, que aprende algo que ahora es mucho más difícil de aprender: que la vida no puede ser todo el tiempo algo, que a veces hay que estar, hay que ser paciente. Creo que en el aburrimiento, en el tedio, en el enojo, en la tristeza, en la desilusión, se esconden varios secretos del aprendizaje de las personas. Creo que las grandes enseñanzas de mi vida han sido desilusiones y es importante que las haya tenido y me las dio la vida, no fui a aprenderlas». Afirma que hace teatro a partir de la



frustración, del fracaso. Hacer teatro es como luchar contra la corriente, pero eso es justamente lo que le interesa. «Muchas veces lo duro, y el problema, es que pensamos desde el lugar del éxito». La clave parece radicar en hacer lo que le gusta y no guiarse por otros intereses: «Yo no hago nada por ganar más plata con el teatro, porque hay otros elementos para ganar plata; tengo que hacer un teatro que a mí me guste». Cuenta que ha recibido propuestas para hacer un teatro más comercial, «para ganar plata», pero que las ha rechazado. «Después no ganás nada —que te puede pasar— y encima la obra es una mierda... Yo ese fracaso no me lo permito, eso para mí sería demoledor». Sin embargo, lo que en general se entiende como éxito no le es ajeno. Varias de sus obras han sido premiadas, estrenadas en el exterior y traducidas a otros idiomas, es miembro del Lincoln Center Theater Directors Lab y, por supuesto, uno de los referentes de la dramaturgia nacional. Pero, para él, el éxito es tal dependiendo de la óptica de donde se lo mire. Tiene claro que así funciona la sociedad y él juega en esa óptica, porque tiene que participar del mundo, pero no cree desde esa óptica.

LA REALIDAD ESTÁ ENTRE SANTA CRUZ Y PARÍS

Al día siguiente de realizar la entrevista, Calderón partía con su compañía al festival de teatro Santiago a mil, en Chile. Iban a realizar tres funciones de su obra *Ex - que revienten los actores*. Entre el público los esperaba por primera vez una camada de programadores de habla inglesa, pero elenco y director habían hecho un pacto: la obra iban a hacerla pensando en ellos mismos, no en los programadores. Los programadores son los encargados de seleccionar obras y espectáculos para llevar a otros circuitos y festivales, algo así como una especie de jurado. En 2013 también estuvo de viaje, pero por París, donde se realizó un ciclo con su nombre: Radical Calderón. «El director y dramaturgo Adel Hakin, quien es el que me abrió todas las puertas en París, es un amigo del alma. Es el director del Théâtre des Quartiers d'Ivry». En tres meses estrenó tres espectáculos.

«La editorial más prestigiosa de teatro de París publicó tres obras mías. No las tenía publicadas en español y las tuve en francés». Una revista especializada sacó un número entero sobre su persona, dio clases en La Sorbona y los afiches de Radical Calderón empapelaron los metros de la

ciudad. Los medios uruguayos le dieron prensa a su nombre y, en realidad, él cuenta que se fue a hacer allá lo mismo que hace acá todos los días. Durante su estadía vivía en Ivry, ubicado en la periferia de París. Ensayaba 10 horas por día en un teatro que antes era una fábrica, no conocía a nadie y casi no hablaba el idioma. «Yo creo que la gente cuando lee en la prensa cosas como ‘Calderón conquista Francia’ se imagina que uno está debajo de la Torre Eiffel o entre luces. Yo estoy entre cuatro paredes de cemento, no veo a nadie». Se fue de gira con una compañía francesa que hizo dos de sus obras y su compañía uruguaya viajó a Francia para hacer funciones subtituladas. «La gira era muy loca porque hacíamos París – Santa Cruz – Montevideo. Nosotros decíamos que era para que no nos la creyéramos». Señala que las funciones en París fueron bárbaras, pero que el público era bastante frío a pesar de aplaudir mucho y ovacionar. Pero en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia), en un teatro hecho pedazos, las mismas tres funciones fueron impresionantes, con el teatro abarrotado de gente. «Éramos casi héroes nacionales de Bolivia. Y para nosotros fue una lección, porque siempre vamos a recordar las funciones en ese país. Vamos a recordar París, pero no las funciones. Pero estas cosas no



son la verdad. La verdad es algo mucho más confuso que está entre Bolivia y París». Esas experiencias y enseñanzas lo ayudaron «a poner el éxito en su justa medida».

EL ÉXITO Y EL ARTE

Con tantas oportunidades en el exterior (en breve se irá a dar clases a Suiza), la pregunta infaltable es si se iría a vivir a otra país. «La pregunta sería: ¿por qué me iría? Yo hago teatro acá, la gente más o menos me quiere y los que no me quieren son necesarios. La verdad es que no encuentro muchas razones para irme. Sí: yo no solo no tengo estabilidad económica, sino que no tengo mucha proyección económica». Sabe que en otros países haciendo lo mismo que hace acá «estaría del otro lado», pero dice que dejó de perseguir esas cosas.

«Tal vez estoy mal, pero no sacrificaría el rico patrimonio que me da Uruguay por el bajo precio de una casa».

¿Podés decir que vivís del arte? «Más o menos. La pregunta sería ¿vivís económicamente del arte? Puede ser que sí o que no, porque tal vez las cosas de las que vivo



están relacionadas o no hubiese llegado a ellas si no fuese por el teatro. Ahora, la única razón que tengo para vivir es el arte, entonces yo te diría: yo vivo del arte. Si no tuviese el teatro o el arte en mi vida sería un pobre tipo. Sería una vida muy desdichada la mía. Tal vez sería rico o ganaría mejor, pero estoy seguro de que llegué a un nivel de desarrollo personal e intelectual gracias al arte, entonces no puedo decir 'no vivo del arte' solo porque no me paga bien. Habría que preguntarles a aquellos que trabajan en una empresa y de noche cantan en un coro si la razón de su vida es la empresa o su espacio de libertad en el coro. Para mí el teatro, el arte, cumplen una función más importante que es darle sentido a por qué estoy acá. Si será importante...».

LECCIONES

¿Con qué cosas te inspirás? «No es una buena pregunta». *Touché* para Calderón. «No es lo que me inspira, es lo que me mueve. Yo necesito que algo me mueva. Para escribir necesito que algo me haga escribir y las ideas pueden ser paralizantes. En general, todas las cosas que he hecho las



he hecho porque algo me motivó a hacerlo, no me inspiró, y creo que eso es bueno, encontrar las motivaciones que te hacen hacer algo. Žižek dice una cosa que me gusta mucho que es: ¿por qué ser feliz si podés mantenerte interesado? La felicidad tal vez es el interés: somos felices mientras intentamos ser felices, no cuando lo somos». La escritura entra en la lista de sus intereses y por tanto intenta que no se vuelva un espacio de comodidad o una relación de rutina. En sus trabajos, sea escribiendo, asesorando publicitariamente, como conductor del TEDx Montevideo o en gestión cultural, su leitmotiv es el mismo: contar historias. «Creo que es lo que nos diferencia de los animales. Relatamos, agarramos una narración, la volvemos a pensar y con ella emprendemos, reflexionamos. Y esto es el teatro, por eso no perdemos ese espacio. Nos gana la tele, el cine, pero no importa, nosotros seguimos ahí porque le seguimos contando historias a la gente».

Decir lo que piensa, luchar por lo que cree y vivir experiencias diferentes resumen su forma de actuar. La entrevista (o la charla) llega a su fin y, para terminar, otra cita parafraseada se hizo presente. Esta vez, a través de



Blade Runner le toca el turno al mundo del cine, al de la ciencia ficción, para poner en palabras lo que el artista, el hombre y el ciudadano quieren expresar: «He visto estrellas morir en las fuentes de Orión, planetas comportarse como nadie podría explicar a las puertas de Tannhäuser. He visto cosas que ningún humano creería posible y, sin embargo, todos estos recuerdos se morirán como lágrimas en el mar». Se le eriza la piel solo de citar esa frase. «Es un robot que tuvo unas experiencias que cualquier humano hubiese querido, cosas para contar que nadie podría creer. Esto explica y resume todo lo otro, mi interés. Y, sin embargo, como nos pasa a todos los humanos, eso se va a morir como una lágrima en el mar». Me dejaste pensando... «Bueno, era la idea».